LA REFORMA UNIVERSITARIA CUESTIONADA

Coordinadores:
Diego Mauro
y José Zanca

hya ediciones

CENTENARIO DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

La reforma universitaria cuestionada

La reforma universitaria cuestionada/Diego Mauro... [et al.]; coordinación general de Diego Mauro; José A. Zanca. - 1a ed. - Rosario: Humanidades y Artes Ediciones - HyA ediciones, 2018.
214 p.; 20 x 15 cm. - (Dimensiones del reformismo universitario/Bacolla, Natacha; Mauro, Diego Alejandro; Eujanian, Alejandro; 3)

ISBN 978-987-3638-20-6

1. Historia Argentina. 2. Universidad. 3. Historia Política Argentina. I. Mauro, Diego II. Mauro, Diego, coord. III. Zanca, José A., coord.
CDD 378.009

© HyA ediciones, 2018
© Diego Mauro y José Zanca, 2018

Colección ***Dimensiones del reformismo universitario***
Directores de la colección: Natacha Bacolla, Alejandro Eujanian y Diego Mauro
Programa Hacia el Centenario de la Reforma Universitaria
Secretaría de Políticas Universitarias
Ministerio de Educación de la Nación

HyA ediciones
Facultad de Humanidades y Artes
Universidad Nacional de Rosario
Entre Ríos 748 - (2000) Rosario - Argentina

Decano: José Goity
Editores: Rubén Chababo, Nicolás Manzi
Diseño de tapa: Pablo Silvestri
Diseño interior: Adriana La Sala
Corrección: Virginia Ducler

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

La reforma universitaria cuestionada

Diego Mauro y José Zanca
coordinadores

hya ediciones

El humanismo universitario en la Universidad de Buenos Aires. Desacralizar la Reforma en clave cristiana (1950-1966)

José Zanca*

(CONICET/Universidad de San Andrés)

***Profesor de Historia por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Investigación Histórica y Doctor en Historia por la Universidad de San Andrés. Es investigador adjunto del CONICET (Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Tecnológicas). Ha publicado *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad (1955-1966)*, Buenos Aires: FCE, 2006; *Cristianos antifascistas. Conflictos en la cultura católica argentina (1936-1959)*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2013. Ha coordinado los volúmenes *Pasiones anticlericales. Un recorrido iberoamericano*, U.N.Q., 2014 y *Fronteras disputadas: religión, secularización y anticlericalismo en la Argentina (siglos XIX y XX)*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2016. Ambos junto a Roberto Di Stefano.

El humanismo universitario constituyó una organización creada a principios de la década de 1950 por un grupo de estudiantes católicos. Se organizó durante el primer gobierno peronista y se extinguió, a pesar de algunos intentos posteriores de refundación, luego del golpe de estado del general Juan Carlos Onganía en 1966. Desde sus inicios se enfrentó al nacionalismo católico, y buscó diferenciarse del reformismo, vinculado con agrupaciones de corte laicista y anticlerical. Mantuvo su autonomía de las directivas de la jerarquía eclesiástica argentina, que veía al movimiento con sospecha y rechazo. En este capítulo se analizarán las singulares condiciones que pueden explicar su triunfo en la elección del rector de la Universidad de Buenos Aires en 1962, lo que a su vez nos permitirá escrutar el fenómeno de la "permeabilidad" de la universidad y la política, y el tipo de opciones por las que se inclinaba el estudiantado antes de 1966.

El humanismo universitario en el debate de ideas del catolicismo

El humanismo universitario germinó en las divisiones de la cultura católica de la Segunda posguerra. La partición fascismo–antifascismo, y luego peronismo–antiperonismo, crearon una nueva forma de interpretación de la realidad en el laicado argentino. La corriente humanista cristiana o demócrata cristiana había crecido desde la extensa visita a la Argentina de Jacques Maritain en 1936.[1] El filósofo francés había ejercido un rol tutelar en la conciencia de los intelectuales católicos, de quien habían bebido su anti modernismo, la renovación del tomismo, y su propia vida,

1: Sobre el catolicismo y el antifascismo en este período, véase Zanca, José A., *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.

la de un converso que viajó desde el ateísmo y el positivismo al cristianismo, a través de la influencia de Bergson y León Bloy, pero también de Charles Maurras. Entre los seguidores locales de Maritain, tanto por su exposición pública como por su formación, se destacaba el *enragé* Augusto José Durelli, un joven reformista y católico que había presidido el Centro de Estudiantes de Ingeniería durante la dictadura del general Uriburu (1930-1932). De amplia participación en la prensa antifascista de la época, Durelli fue protagonista de las jornadas de enfrentamiento entre los estudiantes universitarios y el gobierno militar instaurado en 1943.[2] En 1947 publicó *Del universo de la universidad al universo del hombre*, en donde proponía un modelo de universidad a la que definía como "personalista y pluralista". Siguiendo al humanismo de Maritain y Emmanuel Mounier, para Durelli el quehacer universitario debía girar en torno a la "persona humana", eludiendo tanto el cientificismo como el politicismo. Reconocía que la Reforma Universitaria había tenido indudables logros "técnicos": la asistencia libre, la docencia libre, la gratuidad de la enseñanza, la participación del estudiantado en el gobierno universitario, la periodicidad de las designaciones para cátedras y las políticas de extensión. Sin embargo, le reprochaba que incluyera aspectos "poco deseables para un cristiano". Impugnaba lo que denominaba la *mística* de la Reforma, una especie de "dogma" creador de un espíritu heroico. Finalmente, Durelli propiciaba la creación de universidades "libres", no estatales, apoyándose en su lectura de la doctrina católica: la esencia del cristianismo era la libertad, en especial la libertad de enseñanza.[3]

2: Véase Durelli, Augusto J., *Forma y sentido de la resistencia universitaria de octubre 1945*, Buenos Aires, 1945.

3: Durelli, Augusto J., *Del universo de la universidad al universo del hombre*, Buenos Aires: Tall. Gráf. T. Palumbo, 1947, p. 69.

Pero la figura trágica del católico Durelli, su *christianisme de gauche*, se perdió a medida que la década de 1940 agonizaba. Una nueva generación de jóvenes cristianos, animados por una renovada cultura religiosa, hibridaron un variopinto conjunto de lecturas que tradujeron en un proyecto universitario que pretendía ser mucho más que eso. Las fuentes ideológicas del humanismo fueron eclécticas y plurales. Ludovico Ivanissevich Machado, uno de sus fundadores, señalaba que habían recogido los más importantes aportes del pensamiento contemporáneo, que incluían la antropología de Max Scheler y Martin Buber, la filosofía existencial de Berdiaev, Kierkegaard y Jaspers, el personalismo de Maritain y Mounier, y el vitalismo de Ortega y Julián Marías. La biografía de Ivanissevich Machado es bastante explícita respecto de los cambios en la cultura católica de mediados del siglo XX. Había nacido en 1927 en Buenos Aires, y en 1945 ingresó en la carrera de ingeniería de la UBA. Era hijo de uno de los fundadores de la ingeniería en la Argentina y sobrino del ministro de educación del primer gobierno de Perón, Oscar Ivanissevich. En 1945 militaba en la Acción Católica Universitaria del Colegio Nacional, y asistía a reuniones en el Champagnat, en donde entró en contacto con el nacional-catolicismo de la época, de fuerte impronta anti comunista, y, por derivación, antifubista. En la Facultad de Ingeniería enfrentó a los reformistas con la *lista azul*, nacionalista. En forma paralela comenzó a vincularse con grupos antiperonistas. Formó parte de la revista *Estrada*, y su avidez intelectual lo conectó con Gustavo Franceschi, director de *Criterio* y *factótum* cultural del catolicismo. Posteriormente, su encuentro con los hermanos Di Tella (Guido y Torcuato) dio origen a la lista Humanista Renovadora del CEI (Centro de Estudiantes de Ingeniería).[4] El tejido de la red continuó con

4: Guido Di Tella señalaba en un testimonio, a propósito de su paso por la

un grupo de estudiantes protestantes en la Facultad de Filosofía y Letras, que tenía una visión afín sobre la universidad. En el otoño de 1953, Ivanissevich, Guido y Torcuato Di Tella, Enrique Oteiza y Guillermo Di Paola, se reunieron en una casa del balneario de Pinamar para redactar *Humanismo y Universidad*, el documento que sentaría las bases ideológicas del movimiento. A partir de allí, Ivanissevich se vinculó a estudiantes de la facultad de Medicina, Roberto Nicholson, Luis María Baliña, Carlos Alberto Velasco Suarez. En Filosofía y Letras también adhirieron al humanismo Eliseo Verón, Noemí Fiorito y, en la facultad de Derecho, los hermanos Villalba y Mariano Grondona. De esa manera, desde sus primeros pasos el humanismo buscó interpelar a un importante sector que, hasta ese momento, sin ser anti reformista se consideraba a sí mismo "independiente".

Desacralizar la Reforma

Desde sus primeras manifestaciones, el humanismo universitario precisó su identidad definiéndose frente a la Reforma. El documento *Humanismo y Universidad*, de 1953, está en buena medida dedicado a explicar esta relación. Luego de hacer un racconto histórico del movimiento de 1918, y de enfatizar entre sus influen-

democracia cristiana: "Mi primera relación con grupos socialcristianos fue a los 19 años, en 1950, en la Facultad de Ingeniería. En ese año fundamos el Movimiento Humanista que estuvo restringido primero a esa facultad, extendiéndose luego a toda la Universidad con la creación de la Liga. La creación del humanismo se debió en buena parte al liderazgo de Ludovico Ivanissevich, cuya influencia fue sobre todo en las etapas iniciales determinante. Casi al mismo tiempo me incorporé a la Asociación Fray Mamerto Esquiú dirigida por Manuel Ordoñez [...] Por mi amistad con S. Busacca comencé a concurrir al MSR, un grupo también muy interesante y más volcado a la política concreta", en Parera, Ricardo G., *Los demócrata cristianos argentinos: testimonio de una experiencia política*, Buenos Aires: L. Buschi, 1986, p. 272.

cias ideológicas al criticismo y al neokantismo, justificaba que la Reforma hubiera adoptado un carácter anticlerical como una "reacción casi natural dado el clericalismo que sufría la universidad y las ideas que dominaban en gran parte de la juventud de la época". Sin embargo, y a pesar de su impulso y de sus éxitos iniciales, la Reforma se había agotado en el tiempo, y los problemas universitarios contra los que se levantaron los reformistas, persistieron. Solo quedaba la *mística* de la Reforma.[5]

Siguiendo el diagnóstico que Augusto Durelli había formulado en 1947, la Reforma había desarrollado una técnica (la propuesta de un tipo de universidad estatal, autónoma y laica) y una mística (el empuje y la confianza en los valores de la juventud) pero sus ideas no constituían, por su imprecisión, una *doctrina*. Si los humanistas podían acordar, con ciertos reparos, en la técnica, se les hacía imposible adherir a una mística reformista que se asemejaba a una fe religiosa.[6] No dejaban de reconocer, sin embargo, que la Reforma de 1918 fue "un acontecimiento histórico de la vida del país, que contribuyó en forma notable al desarrollo del espíritu de responsabilidad universitario".[7] El problema, pasados 40 años, había sido su vaciamiento. Natalio Botana insistía en 1959 que "por extraño que parezca, la Reforma es un movimiento sustancialmente conservador, aun cuando su programa presente un sistema revolucionario o progresista [...] Los nuevos problemas que han surgido en nuestra universidad de 1959, no hallan eco en las respuestas de 1918...".[8]

5: Liga Estudiantes Humanistas, *Humanismo y Universidad*, 1953, p. 27.
6: Liga Estudiantes Humanistas, *Humanismo y Universidad*, op. cit., p. 32.
7: Liga Estudiantes Humanistas, *Humanismo y Universidad*, op. cit., p. 34.
8: Botana, Natalio y Castilla, Carlos A., "Situación del humanismo", en *Verbum*, s.f., 1959, p. 9.

Los humanistas ingresaron a la FUBA (Federación Universitaria de Buenos Aires) diferenciándose de otros grupos católicos, pero luego de que ésta, a propuesta de los delegados humanistas de la Facultad de Agronomía, modificara su estatuto y eliminara la exigencia de "fe reformista" a sus miembros. A fines de los años cuarenta, en el marco del avance del peronismo sobre la autonomía universitaria, la FUBA y la FUA (Federación Universitaria Argentina) estaban en manos de dirigentes comunistas. A ese dato debe sumarse la hostilidad entre el movimiento estudiantil y el peronismo en el poder. Este cuadro en los años cincuenta generó las condiciones de posibilidad para la emergencia de una agrupación que, sin negar u oponerse en forma absoluta a la Reforma Universitaria, pudiera plantear un programa ligado a las corrientes espiritualistas que empezaban a asomar en el firmamento ideológico del dividido mundo de los años cincuenta.

Desclericalizar el cristianismo

La Liga humanista, desde sus orígenes, tomó distancia de las organizaciones del laicado católico. Inspirada en las premisas y valores del personalismo de Maritain y Mounier, los humanistas participaban en los centros de estudiantes, organizaciones rechazadas por la jerarquía católica y buena parte del campo confesional. Los obispos argentinos depositaban su confianza en organizaciones universitarias a las que consideraba más "sanas", como la Juventud Universitaria Católica (JUC), rama universitaria de la ACA, y los Ateneos universitarios de hombres y mujeres. Los humanistas rechazaban la tutela eclesiástica, negándole a la jerarquía la potestad de conducirlos en una materia tan profana como la política universitaria. Por otro lado, las agrupaciones clericales estaban demasiado ligadas al nacionalismo católico de entreguerras. Los

humanistas sabían que entre el estudiantado universitario las propuestas con tufillo clerical tenían un bajo nivel de aceptación.

La Liga Humanista se desplegó desde Buenos Aires hacia el resto del país, bajo la mirada hostil de la jerarquía eclesiástica. A fines de 1955 el episcopado condenó al humanismo universitario a través de la pastoral colectiva "La unidad de los católicos más allá de la estricta unidad de fe". Si bien se presentaba como una opinión general sobre las iniciativas de los laicos que no contaban con sus auspicios, el texto contestaba la declaración de principios de la Liga de 1953. Los obispos cuestionaban que sus militantes apelaran a valores y discursos cristianos, pero eludieran o menguaran el peso de la autoridad religiosa.[9] La autoría del documento era, según todos los testigos, del padre Echeverry Boneo y de monseñor Caggiano, que había expresado su particular desprecio por los jóvenes humanistas. La Liga respondió a través de una cuidadosa refutación en la que fueron asistidos por los aportes del padre Joaquín Adúriz, uno de los más destacados jesuitas de su generación. La voluntad de contestar el documento del episcopado –y de recurrir a un sacerdote– revelaba que los humanistas se sentían interpelados en los marcos de la cultura católica. Más allá de aclarar que formaban parte de una organización que actuaba en el plano temporal, el ataque de la jerarquía católica argentina no les resultaba indiferente. En el documento, los humanistas eludían identificarse con las acusaciones de los obispos, más que impugnar su legitimidad o vigencia. Apropiándose de los documentos pontificios sobre la Acción Católica, los humanistas reivindicaban la distinción y la autonomía del plano religioso y temporal.[10]

9: "Pastoral Colectiva del Episcopado Argentino", en *Criterio*, N° 1247, 10 de noviembre de 1957, p. 820.

10: Liga Estudiantes Humanistas, "Ante La Reciente Pastoral", Folleto, octubre de 1955.

De la resistencia al poder

Las relaciones entre el movimiento estudiantil y el gobierno peronista se terminaron de tensar en octubre de 1954. Decenas de estudiantes fueron detenidos y enviados a la cárcel de Villa Devoto, en donde permanecerían durante el verano. Al mismo tiempo el gobierno inició una campaña de denuncia pública contra los dirigentes estudiantiles, acusándolos, entre otros cargos, de comunistas. Los estudiantes encarcelados se defendieron de la acusación. Lo cual muestra que el anticomunismo era un tópico muy difundido entre las distintas agrupaciones, y no sólo aquellas que se identificaban con la derecha política. El anticomunismo, por supuesto, podía adoptar distintas formas y tópicos. En algunos casos se desprendía de un característico reaccionarismo social, podía tener una raíz teológica religiosa, o podía ser el vehículo de una oposición netamente política: el comunismo era identificado como un régimen totalitario que restringía las libertades individuales, y sus militantes locales eran caracterizados como apéndices –sin demasiada autonomía– de ese proyecto. Los "bolches" eran rechazados por los reformistas y los humanistas, casi con el mismo ahínco.[11]

Desde noviembre de 1954 los católicos tenían, a su vez, un nuevo motivo: la diatriba de Perón contra la jerarquía eclesiástica, y la subsiguiente campaña anticlerical que se desarrolló desde distintas posiciones gubernamentales, pero que también comprometió a la militancia peronista a lo largo del país.[12] Luego de los sucesos del 16 de junio de 1955, el bombardeo a la Plaza de Mayo y el incendio de diversas iglesias metropolitanas, la Liga de estudiantes humanistas emitió un comunicado en el que señalaba que

11: Padres de los estudiantes detenidos en Villa Devoto. Carta a Juan Domingo Perón, noviembre de 1954, Archivo Personal de Gastón Bordelois.

12: Véase Di Stefano, Roberto, *Ovejas negras: historia de los anticlericales argentinos*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2010.

la responsabilidad por las muertes, cuyo número seguía indeterminado, era del peronismo, que llevó a los trabajadores "engañados, cuando creían que cumplían con su deber".[13]

El humanismo apoyó –al igual que el resto del arco político no peronista– el golpe de estado de 1955, y participó en la toma de la Universidad de Buenos Aires. La FUBA designó entonces un triunvirato que se hizo cargo de la Universidad hasta que pudiera ser entregada a las nuevas autoridades. Lo integraron reformistas y humanistas. El humanismo fue parte, a su vez, de la "depuración" de las altas casas de estudio, aun cuando ofrecieron resistencias a la expulsión de algunos de sus miembros, que habían sido acusados de colaborar con el régimen depuesto. La purga del cuerpo de profesores encontró a humanistas y reformistas unidos, aun cuando los primeros manifestarían en muchos casos su disgusto frente a algunas de las expulsiones. Tiburcio López Guzmán, representante del humanismo tucumano, sostenía en 1959 que "la posición de los humanistas fue infinitamente más generosa que la FUN (reformista), que estuvo inspirada en un crudo espíritu de venganza [...] Sin embargo, nuestra opinión es que cuando se escriban los anales del humanismo, su actitud frente al peronismo en 1955 será pasible de acerbas críticas; los que entonces participamos en las decisiones, hoy es posible que sustentáramos otra actitud". [14]

A fines de 1955 se cancelaría el clima de unidad en el que convivían socialistas, radicales y católicos humanistas, luego del derrocamiento de Perón. El ministro de educación de la Revolución Libertadora, el destacado intelectual católico Atilio Dell' Oro Maini, redactó el decreto ley 6403/55, que en su artículo 28 habilita-

13: Agrupación Humanista Renovadora, "La AHR ante la situación actual", 1 de julio de 1955, Archivo Personal de Gastón Bordelois.

14: López Guzmán, Tiburcio, "Reflexiones al servicio de la generación del 55", en *Verbum*, s. f., 1959.

ba la creación de universidades privadas. A partir de ese momento la temática universitaria se convirtió en uno de los ejes del debate público. Si bien el enfrentamiento redujo las posiciones a una disputa binaria (*laicos versus libres*) el duelo discursivo fue mucho más complejo. Los humanistas, a pesar de sus malas relaciones con la jerarquía, apoyaron la opción "libre" por motivos doctrinarios. Sus argumentos iban en línea con los principios en los que habían fundado el movimiento: un antiestatalismo centrado en la soberanía del individuo para elegir entre diversas orientaciones espirituales a la hora de seguir sus estudios superiores. Los humanistas terminaron en esos días sus buenas relaciones con el reformismo, que también utilizó el conflicto para galvanizar su frente interno, dividido por la lucha entre comunistas, radicales y socialistas. Los humanistas colaboraron con la movilización callejera, ganando protagonismo en Buenos Aires y en otras ciudades del interior del país.[15]

Con la normalización universitaria de 1958, el humanismo obtuvo por primera vez un representante en el consejo superior de la Universidad de Buenos Aires, en la oposición al nuevo rector, Risieri Frondizi (1958-1962), reformista y hermano del presidente. Para los humanistas, el reformismo "instrumentalizaba" a la Universidad con fines políticos. Mario Marzana, consejero estudiantil humanista en el Consejo Superior de la UBA, definía esta política como "un uso deshonesto y deliberado de las actividades, de las estructuras y de los organismos universitarios para defender planteos o llevar adelante posiciones de carácter político extrauniversitario".[16]

15: Micheletti, Maria Gabriela, *La universidad en la mira: la "laica o libre" y sus expresiones rosarinas 1955-1959*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2013.

16: Universidad de Buenos Aires. *Actas Taquigráficas de la sesión celebrada por el Honorable Consejo Superior de La Universidad de Buenos Aires*, 8 de abril de 1961, pp. 4626-4684.

Durante el rectorado de Frondizi la Liga humanista pasó de un cómodo segundo lugar a generar alianzas que le permitieron acceder al control de distintos consejos directivos. Su estrategia fue explotar el discurso apolítico (e incluso anti político) en 1961 y 1962. Allí encontramos un argumento ambiguo para los humanistas: si bien reconocían que la política era parte de la vida universitaria –sin ir más lejos, bastaba recordar su participación en las jornadas de 1955–, el antipoliticismo les servía para aglutinar un voto independiente y anticomunista, de sectores moderados que estaban alarmados con la efervescencia que había introducido en los pasillos universitarios la Revolución Cubana.

En los términos planteados por Oscar Terán, el humanismo se ubicó en la oposición al "partido cubano", una interpelación efectiva para captar el voto estudiantil moderado y anticomunista.[17] La Revolución había desplazado el foco de atención de la conducción reformista, de la realidad gremial cotidiana a la coyuntura política nacional e internacional.[18] El rechazo de los humanistas al comunismo tenía orígenes tanto ideológicos como políticos. Se declaraban un movimiento antitotalitario, aunque recelaban del capitalismo y le oponían una organización económica "comunitarista". Por otro lado, los humanistas rechazaban las oscilaciones de

17: Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966,* Buenos Aires: El Cielo por Asalto, Imago Mundi, 1993.

18: Esta es, por lo menos, la explicación que ofrece Ernesto Laclau, en Toer, Mario, *El Movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1988. Habegger creía a fines de los sesenta que el humanismo universitario era una etapa superada, un sector que reunía el voto anticomunista y apolítico. Ver Mayol, Alejandro; Habegger, Norberto; Armada, Arturo G., *Los católicos posconciliares en la Argentina, 1963-1969*, Buenos Aires: Editorial Galerna, 1970. Silvia Sigal, por su parte, prefiere pensar que la capacidad unificadora del proyecto modernizador que se instala con la gestión de Romero y continúa con Frondizi, era capaz de dejar atrás viejos clivajes, como las diferencias entre católicos y reformistas. Véase Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta,* Buenos Aires: Puntosur Editores, 1991.

los militantes del PC, que habían cambiado de posición en distintas oportunidades frente al gobierno peronista. El recuerdo del "caso" Mario Bravo, estudiante detenido y torturado en mayo de 1951, que terminó integrándose a las filas de la Confederación General Universitaria, quedó en la memoria de humanistas como un ejemplo de los dobleces de la militancia comunista.

El año 1961 estuvo marcado por enfrentamientos dentro del reformismo, que terminarían por quebrar su unidad interna. Para el acto inaugural de los cursos, Bernardo Kleiner, representante por la mayoría en el Consejo Superior de la UBA y militante comunista, fue designado orador. En su discurso, Kleiner denunció al gobierno de Frondizi por haber olvidado el mandato popular y someterse a los Estados Unidos, y defendió a Cuba.[19] La reacción no se hizo esperar, y provino del mismo rector, quien cuestionó en duros términos las palabras del consejero Kleiner en la siguiente sesión del Consejo Superior. Risieri Frondizi, defensor del cogobierno, sostuvo que la intervención del consejero comunista desacreditaba la idea de participación estudiantil en la universidad. Se sumaron al repudio la mayoría de los consejeros, que en todos los casos consideraban que Kleiner había utilizado el espacio de la universidad para someterlo a fines partidistas. La intervención más enérgica fue la del representante de la minoría estudiantil por el humanismo, Mario Marzana, quien señaló que el caso de Kleiner era uno más de una larga lista de "instrumentalizaciones" que diversos dirigentes identificados con el reformismo hacían de la universidad. Si bien Kleiner fue protagonista de este hecho "en esta universidad ha habido muchos protagonistas reales desde el día que se inició la reestructuración". Marzana emplazó al Con-

19: Kleiner, Bernardo, *20 años de movimiento estudiantil reformista 1943-1963,* Buenos Aires: Platina, 1964, pp. 258-259.

sejo Superior y a sus miembros a definirse: "O se va a cumplir con lo que el estatuto dice o se va a permitir que la Universidad sirva como instrumento técnico a un partido político". Era necesario, desde su perspectiva, una sanción, y no sólo elaborar un documento que deslindara las responsabilidades del Consejo Superior, en el momento en que justamente muchas voces de la opinión pública reclamaban la intervención de la Universidad.

Las tensiones desplegadas en el Consejo Superior entre humanistas y reformistas comunistas se trasladaron a los pasillos de las facultades. El humanismo buscó capitalizar electoralmente el clima de polarización que producían las repercusiones de la situación cubana en Buenos Aires. En noviembre de 1961 la revista humanista *Testimonio* convocaba a sus seguidores a elegir entre "Comunismo o Democracia". Con una apelación que buscaba atraer al electorado, el humanismo se presentaba como la opción más clara para evitar que la política partidaria ingresara a la universidad.[20] En agosto de ese año lanzaban la "operación escoba" para barrer a los comunistas de los centros de estudiantes. Lograban éxitos en las facultades de Medicina, Ingeniería, Ciencias Económicas, Arquitectura, Agronomía. En muchos casos los centros controlados por humanistas aliados a reformistas no comunistas e independientes anticomunistas lograban la desafiliación de la FUBA.

El éxito del humanismo en las elecciones de 1962 le permitió llegar a la asamblea universitaria de diciembre para elegir al nuevo rector de la UBA con la expectativa de ubicar a un candidato apoyado por sus votos, desplazando al reformismo. Y así lo lograron, luego de tres votaciones, cuando las preferencias de algunos reformistas temerosos del triunfo del candidato Marco Aurelio Risolía –

20: "Cada universitario debe decidir entre comunismo o democracia", en *Testimonio*, N° 12, noviembre de 1961, pp. 1, 3 y 4.

el conservador decano de la Facultad de Derech– se orientaron hacia Julio Olivera, propuesto por el humanismo. El joven Olivera era una figura paradigmática del espíritu renovador y apolítico que el humanismo impulsaba. Si bien no era un hombre de las redes del movimiento –es decir, no había circulado por las ideas de los intelectuales católicos progresistas de la posguerra–, su postura frente a los problemas universitarios parecía coincidir con la de los jóvenes que lo apoyaron. Ludovico Ivanissevich Machado, por su parte, se convertiría en el secretario general de la UBA.

Más allá de las diferencias con el reformismo, el humanismo continuó y profundizó las políticas modernizadoras, como la incorporación de nuevas carreras y de un perfil de universidad más científico y menos profesionalista, contra la postura de los referentes tradicionalistas. Un ejemplo de esta fractura se dio durante el debate sobre el proyecto de creación de una carrera de "programador informático", toda una innovación para la Argentina de 1963. El consejero Carlos García mostró sus dudas respecto a la conveniencia de inaugurar una nueva carrera, y propuso que se la iniciara como una especialización de la licenciatura en matemáticas. El decano Laplaza manifestó más dudas sobre el futuro de los ordenadores. Se preguntaba si esto del "computador" era ciencia "u otra cosa". Risolía convino con esta perspectiva, y afirmó que "científico" era demasiado para una carrera que tendría una duración que llevaba la mitad de tiempo que cualquier otra licenciatura.[21]

En estos debates no quedaba rezagada la disputa de poder y el modelo de universidad que se pretendía. El desarrollismo que impregnaba la década hacía de la planificación uno de sus pilares.

21: *Actas Taquigráficas de la sesión celebrada por el Honorable Consejo Superior de La Universidad de Buenos Aires*, 19 de octubre de 1963, p. 2540 y ss.

Ese espíritu neopositivista entraba en contradicción con la tradicional forma de funcionamiento de la UBA, más parecida a la de una federación de facultades que a una verdadera universidad con objetivos y mecanismos que se establecieran por sobre las atribuciones y los intereses de cada una de las unidades académicas. La planificación a largo plazo, el principal aporte que los modernizadores soñaban con legar a una Argentina urgida de desarrollo, debía concretarse a través de ciertas estructuras que replicaran las que el propio estado y las organizaciones internacionales estaban creando: entes de planificación estratégica, que superaran las divisiones "caducas" de la sociedad –y la universidad– tradicional. Los profesores conservadores veían con malos ojos la creación de estos organismos –como los departamentos, independientes de cada facultad–, dado que restaría poder a cada unidad académica en favor del Consejo Superior y del Rector. En particular, les daría más poder a los expertos, que justamente provenían de disciplinas que empujaban estos cambios. Estos debates encontraron en la misma frontera a los humanistas y a los reformistas, que creían necesario avanzar en la unificación de criterios a través de la creación de organismos de planificación. Para los humanistas, la universidad intervenía en el proceso de desarrollo aportando proyectos y especialistas. La solución a los problemas argentinos era la humanización del sistema económico a través del comunitarismo y el desarrollo sostenido, con "rostro humano". Los representantes de izquierda (tanto docentes como estudiantes) creían, por el contrario, que ese cambio radical llevaría a redefinir la función social de las casas de altos estudios. Por eso eran limitados los aportes que la universidad, en su tarea específica, podía hacer a favor del cambio. Sólo podía evitarse que apuntalara aún más la penetración imperialista. De ahí que cobraran tanta importancia los debates en torno a la aceptación o no de créditos y subsidios para el desarrollo de

la investigación en áreas específicas. En este punto los humanistas, y cierto sector del reformismo (Risieri Frondizi, Rolando García, José Luis Romero), votaban a favor de aceptarlos, en contraposición con la izquierda más radicalizada que los rechazaba, impugnándolos como fases de un plan sistemático de neocolonialismo. Esa polémica no se detuvo, sino que se agudizó durante el gobierno de los humanistas. Y en 1965 estalló en un conflicto que terminó con la renuncia del rector Olivera.

En ese año, la Facultad de Ciencias Económicas invitó a Walt Rostow a dictar una conferencia. Se trataba de un destacado economista norteamericano, representante del desarrollismo de los años cincuenta, y, en el momento de su visita, un fervoroso defensor de la intervención norteamericana en Vietnam desde su puesto en el Departamento de Estado. El día de la conferencia, que tuvo unos 250 asistentes, un grupo de militantes de organizaciones estudiantiles de izquierda vinculadas al PC agredió a Rostow con consignas, gritos y tomatazos, impidiendo que la actividad se concretase. Olivera decidió renunciar al rectorado, sin informar previamente a los consejeros humanistas ni a ninguno de los miembros de la Liga. Ésto dejó descolocados a sus representantes, que en la sesión del 8 de marzo de 1965 lo vieron presentar su renuncia indeclinable y retirarse *ipso facto* de la reunión, dejando a la Universidad de Buenos Aires en un estado de acefalía.[22] Con-

22: Según el testimonio de Ludovico Ivanissevich: "A Olivera lo que lo horrorizaba era todo lo que fuese violento... en el acto [Conferencia de Rostow] hay un despelote brutal, los comunistas tiran de todo. Se arma un despelote [...]. Y Olivera llega a la reunión del Consejo Superior que se iba seguramente a hablar del asunto y qué sé yo y dice «señores quiero avisarles que en el día de hoy presento acá mi renuncia». Cosa que no se hace porque la renuncia es ante la Asamblea. Bueno, pero en fin. Y todos nos quedamos ahí fríos. No le había comunicado nada a nadie, ni a los estudiantes, ni a los profesores, ni a nadie. Agarró fue a su despacho y se fue. Entonces nosotros nos quedamos con una bronca tremenda...". Ludovico Ivanissevich Machado, entrevista con el autor, mayo de 2008.

vocada una nueva asamblea universitaria, los humanistas mantuvieron su preminencia logrando imponer a Hilario Fernández Long como Rector.

Fernández Long era plenamente consciente de que conducía una institución con un peso político específico relevante, y en la que la sociedad, por distintos motivos, había puesto su mirada. Las publicaciones más influyentes de los años sesenta ponían a la universidad en el centro de la escena. En un extenso reportaje de 1965, el rector se refería a "la crisis de la universidad". No era la primera vez que enfrentaba la interpelación del periodismo, que, como en este caso, enarbolaba argumentos de los grupos conservadores con relación a la política universitaria. Defendió en esa oportunidad el nivel de debate vigente en la UBA, y su preferencia por la no injerencia de la policía en las protestas, dado que incluso en su carácter preventivo podría irritar a los estudiantes. En todo caso, el problema del presupuesto –motivo de las movilizaciones de 1965– era un problema del Estado, que tenía la obligación de suministrar los recursos que la universidad necesitaba para que ésta pudiera seguir generando profesionales y científicos para un país en desarrollo. La pregunta en torno al gobierno tripartito era una consulta que en esos meses podía extenderse a la vigencia del mismo sistema democrático. Una pregunta que no tenía un claro consenso en la opinión pública. En el fondo, el gobierno tripartito –o la democracia, a nivel nacional– ¿no obligaba a los encargados de la ejecución política a ciertas concesiones que podían atentar contra las soluciones prácticas inmediatas? ¿No sería mejor reemplazar un sistema democrático por uno más autoritario, pero más eficiente? La respuesta de Fernández Long –minoritaria entre los actores sociales de 1965– era negativa. Y la prueba estaba dada en el crecimiento y la calidad que había alcanzado la universidad pública en el marco del gobierno tripartito. "Para poder contribuir al desarro-

llo del país", sostenía el rector: "la única solución es una universidad como la que tenemos, verdaderamente democrática".[23]

En esta coyuntura la militancia humanista se vio interpelada por el debate que sacudía al mundo católico a partir del Concilio Vaticano II (1962-1965) y su apropiación latinoamericana. La renovación generacional de los humanistas llevó a nuevos militantes a abrazar los mandatos del Concilio en clave tercermundista. Mucho antes de la formación de organizaciones sacerdotales de esta orientación, como el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo (MSTM), los humanistas debatían modelos alternativos de organización social que iban mucho más allá del comunitarismo proclamado en sus textos fundacionales en la década del cincuenta. Para 1966 las divergencias en el seno del humanismo se incrementaron. Por un lado, algunos sectores desdibujaron las fronteras que los separaban de la izquierda marxista y de la naciente nueva izquierda. Las apropiaciones locales de la obra de Teilhard de Chardin, y de buena parte del pensamiento católico del posconcilio servía para vaciar en esas voces la insatisfacción creciente respecto del modelo sociopolítico desarrollista y sus derivaciones universitarias. Por otro lado, un grupo también humanista, alarmado por la radicalización política nacional, y particularmente universitaria, adhirió al golpe de estado del general Onganía, identificándolo como un camino para terminar con la amenaza comunista que ahora parecía manifestarse también en la cultura católica.

En el centro de la escena quedó, tal vez, el grueso del humanismo universitario, defendiendo algunas de las banderas que le habían dado origen. Esas coordenadas les impedían acercarse a la izquierda católica, organizada con una excesiva presencia de sacerdotes, como los acaudillados en la JAC (Juventud de la Acción

23: "La universidad en crisis", en *Confirmado*, 30 de julio de 1965, p. 39.

Católica) por el padre Carlos Mugica. La concepción secular de lo político que enarbolaban los humanistas les disuadía de adherir a este tipo de transacciones e influencias de clérigos, a quienes, suponían, no les correspondían tareas que sólo estaban reservadas a los laicos. Pero por otro lado tampoco podían apoyar una nueva aventura militar, por mucho y variado que fuera el consenso que Onganía generó a su alrededor. Si habían surgido como resistencia de los sectores medios no reformistas a la universidad "totalitaria" del peronismo, les parecía inadmisible inclinarse frente a este nuevo general, por más que su perfil fuera más profesional y menos "fascista". Eso explica, en buena medida, que la Universidad de Buenos Aires conducida por Fernández Long fuera la única entidad estatal que se declarara en contra del golpe de estado.

Consideraciones finales

Si bien la Liga Humanista se disgregó luego del golpe de estado, en buena medida por la clausura de la política universitaria, en algunas casas de estudios del interior, como la Universidad Nacional del Sur, los humanistas siguieron teniendo presencia política cotidiana.[24] Sin embargo, no fue el golpe de estado el que explica, en forma excluyente, la caída del humanismo. En las elecciones estudiantiles de 1965 puede observarse la derrota sufrida por las agrupaciones humanistas en varias facultades, y el achicamiento de la brecha con el reformismo en muchas otras.[25]

24: Bonavena, Pablo Augusto, "Notas sobre el movimiento estudiantil de Bahía Blanca (1966-1973)", en Buchbinder, Pablo y Califa, Juan S. (eds.), *Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino (1943-1973)*, Buenos Aires: Final Abierto, 2010.

25: Véase "Elecciones estudiantiles 1965", en *Boletín de Universidad de Buenos Aires*, s. f., 1965, pp. 4-8.

Los humanistas fueron continuadores no reformistas del proyecto de modernización iniciado en los años cincuenta. Proponían continuar la modernización de la universidad en forma autónoma de los "cambios estructurales" que exigían los grupos más politizados. Se trataba de un movimiento que reconocía las lógicas internas de los campos profesionales y que contribuyó (contra la resistencia de los docentes más conservadores) a la mutación de los planes de estudio. Sin embargo, su rechazo a la permeabilidad de las fronteras universitarias, que les dio el triunfo en 1962, fue cada vez más insostenible e hizo que ese sueño de aislar a la universidad de las tensiones que laceraban a la esfera pública, se volviera una utopía irrealizable en la Argentina de fines de los años 60s. Es posible pensar que una doble pinza terminó con la década de oro del humanismo: por un lado las cotidianas dificultades de la administración universitaria; por el otro, el abandono de las expectativas, por parte de muchos de sus miembros, en un programa de transformación que se circunscribiera al plano universitario. Éste había dejado de ser percibido como un ámbito autónomo y plausible en el que era válido librar sus batallas.